Pedro Henríquez Ureña y los Estados Unidos

I

En la mayoría de los estudios dedicados a la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), sólo se ha considerado su labor de filólogo, lingüista, crítico e historiador de la literatura y la cultura americanas, mientras que apenas se ha indagado en sus relaciones con los Estados Unidos.

Además de la antología de los artículos periodísticos que publicó durante su segunda residencia en aquel país (1914-1921), compilada por el Profesor Alfredo A. Roggiano y del estudio que éste puso como prólogo a la misma, con un análisis de los viajes y trabajos en los Estados Unidos, muy poco es lo que se ha escrito sobre el particular.[1] No faltan notas y comentarios sobre dichos viajes y sus opiniones de la vida y el pensamiento norteamericanos, pero lo que se echa en falta es una consideración global del tema que tenga en cuenta tanto los aspectos literarios como los políticos y sociales.

Esta ausencia es llamativa porque los Estados Unidos tuvieron una importancia decisiva en la formación intelectual y profesional de Henríquez Ureña. Sus viajes y residencias en aquel país pertenecen a etapas de gran significación en su biografía personal y sus ideas acerca de las letras, el pensamiento, la vida y la política de los Estados Unidos forman un núcleo importante dentro de la economía total de su obra. El tema exige, pues, una dilucidación que ponga de relieve su importancia para un juicio integral sobre la personalidad y la obra del gran humanista dominicano.

Nos proponemos contribuir a este estudio con la consideración de sus viajes a los Estados Unidos, los trabajos que llevó a cabo sobre temas norteamericanos, sus ideas sobre la vida y la sociedad de aquel país y, en particular, su actitud frente a la política internacional, ya que debió enfrentar uno de los aspectos más negativos de la misma: la invasión e intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana entre 1916 y 1930, como parte de una acción general en toda la América hispánica que cubre un largo trecho de la historia de las relaciones interamericanas.

Examinaremos, pues, el tema con el fin de trazar un esbozo interpretativo de este aspecto de su pensamiento, como una contribución al estudio de la personalidad y la obra del ilustre escritor hispanoamericano, tan estrechamente vinculado a la vida cultural y científica argentina.

[1] *Cfr. Alfredo A. Roggiano,* Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos, *(México: State University of Iowa; 1961); Pedro Henríquez Ureña,* Desde Washington. Compilación e introducción de Minerva Salado, *(La Habana: Casa de las Américas, 1975); Soledad Alvarez,* La magna patria de Pedro Henríquez Ureña, *(Santo Domingo: Colección Ensayo n.º 3, 1981).*

II

Pedro Henríquez Ureña llegó por primera vez a los Estados Unidos en 1901, con los prejuicios derivados de la crítica antinorteamericana bebidos en el *Ariel,* de José Enrique Rodó, pero luego de superar la primera impresión causada por muchos aspectos de la vida cotidiana, logró incorporarse al mundo de Nueva York, lugar de su residencia.

De esta etapa de su experiencia norteamericana, cabe señalar lo que corresponde a su formación cultural. Perfeccionó el inglés, que llegó a dominar completamente y se entregó a disfrutar de la actividad teatral y musical de la ciudad. Continuó con las colaboraciones literarias en los periódicos de su patria, tarea que había iniciado desde muy joven, con artículos y crónicas originales y traducidos del inglés, mientras proseguía con su educación literaria incorporando obras y autores de todos los países.

Pero lo que produjo en él mayor impresión fueron las funciones teatrales, de ópera y los conciertos de música clásica. Conservaba un archivo detallado de las obras que había visto, con referencias de los autores y directores más importantes de Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Asistió a representaciones de teatro clásicos y moderno: desde Shakespeare y Sheridan hasta Ibsen y George Bernard Shaw, cuya fama comenzaba.

Apasionado por la música, pudo oír conciertos de música de cámara y sinfónica, con los mejores solistas y directores del mundo. El Metropolitan Opera House también le permitió cultivar la afición a la ópera que conservaría toda su vida. Tenía predilección por Wagner, que ejercía tanta atracción sobre él como el teatro de Ibsen. Todo ello sin mengua de su gusto por la ópera italiana, que aprovechó mientras vivió en los Estados Unidos.

Nueva York ofrecía a la curiosidad del joven Henríquez Ureña, infinidad de motivos de atracción cultural. Los museos, por ejemplo, le permitieron conocer las mejores obras de arte universal. Las bibliotecas de la ciudad le facilitaron una lectura copiosa de los libros más diversos. Allí estudió a D'Annunzio, Gorki y Kipling, como representantes de tres razas europeas e hizo sus lecturas de la literatura nórdica, que por entonces cautivaba a europeos y americanos; en especial, de las obras de Georges Brandés (1842-1927), que tendría mucha importancia en la formación de su método histórico.

Asistía a cursos y conferencias que se ofrecían en las universidades, lo cual enriquecía su preparación intelectual y afinaba su sensibilidad artística pero en abril de 1902, su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, decidió abandonar el Ministerio de Relaciones Exteriores que ocupaba en la República Dominicana, lo cual se tradujo en un problema económico para los tres hijos que se hallaban en Estados Unidos: Francisco, Max y Pedro.

Se vieron obligados a buscar trabajo cuando se hubo agotado el dinero que tenían de reserva. Estaban a comienzos de 1903 y Pedro aprendió en tres meses taquigrafía y dactilografía en inglés, además de nociones de contabilidad, con lo cual pudo entrar en un empleo inferior en una casa de comercio. Max, por su parte, se convirtió en pianista de un restaurante...

Los Henríquez Ureña no se amilanaron por la nueva situación, a la cual capearon con muy buen temple. Como escribió luego Pedro, entonces conoció de cerca «la explota-

ción del obrero»; «aquellos fueron días amargos» y cuando dejó su empleo en junio de 1903, salió del mismo «molido de cuerpo y fatigado de espíritu»[2].

Mientras llegaban de Santo Domingo las noticias de revoluciones y luchas políticas, los hermanos sobrellevaban con ánimo juvenil la nueva bohemia y Pedro supo ganar tiempo para sus aficiones intelectuales y artísticas. Así atravesó el invierno de 1903, con un reumatismo que agravaba la circunstancia que le tocaba vivir: el desempleo, el extrañamiento de su patria y los sinsabores políticos, todo lo cual mejoró cuando el padre regresó a Nueva York y los rescató de tantas penurias. Finalmente y por consejo de él, Pedro y su hermano Francisco pusieron fin a la residencia en los Estados Unidos y se trasladaron a Cuba en marzo de 1904. Henríquez Ureña llevaba con él sus notas y apuntes de estudio, los borradores de innumerables trabajos y un modesto haber de cronista literario en los periódicos dominicanos. Al poco tiempo publicaría en La Habana su primer libro: *Ensayos críticos* (1905).

III

Pedro Henríquez Ureña llegó a México en 1906, tomó parte principal en la renovación ideológica promovida en 1909 por el «Ateneo de la Juventud», junto a José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso y otros y colaboró en los primeros momentos de la Revolución Mexicana de 1910. Pero cuando en 1913 la dictadura del General Victoriano Huerta sumió a México en el desastre y la guerra civil, decidió trasladarse a Cuba, lo que hizo en 1914.

Luego de una breve estancia en La Habana consiguió ser nombrado corresponsal en Washington del diario *El Heraldo de Cuba,* lo cual permitió su viaje a los Estados Unidos, adonde llegó en 1914. Comenzaba su segunda y más larga residencia en este país.

Todos los días telegrafiaba desde Washington a La Habana una información de prensa y un artículo, a lo cual se agregaban otros tres por semana que firmaba con el seudónimo de «E. P. Garduño», pues reservaba su nombre propio sólo para los trabajos que consideraba dignos de su autoría.

Colaboró con este periódico desde noviembre de 1914 hasta marzo de 1915, pero luego decidió dejar Washington y trasladarse a Nueva York, pues conservaba el recuerdo de esta ciudad, que siempre lo atrajo por el espectáculo de su actividad artística, cultural y científica. Abandonó, pues, la corresponsalía de *El Heraldo de Cuba* y entró en el semanario *Las Novedades*, que se publicaba en castellano en Nueva York, y donde fue recibido con todos los honores.

Desde mayo de 1915 hasta agosto de 1916 vivió en esta ciudad y escribió regularmente en *Las Novedades.* Para los temas políticos conservaba el seudónimo de «E. P. Garduño», pero la obra restante era firmada con su nombre y apellido, sin mencionar el material que aparecía anónimamente.

Su trabajo periodístico en los Estados Unidos entre 1915 y 1916 es importante pero ha quedado al margen de su labor principal de filólogo y crítico literario; sin embargo

[2] *Roggiano,* Ob. cit., *XXV-XXVI.*

revela aspectos de su pensamiento político y contiene notas para su análisis personal de los Estados Unidos, sobre todo, de las relaciones entre este país y el mundo hispanoamericano [3].

Sus consideraciones sobre los Estados Unidos tienen un enfoque análogo al de José Martí: elogio de las virtudes éticas y críticas de los excesos del poder, sobre el mismo fondo de la política exterior norteamericana en relación con los problemas hispanoamericanos.

En 1915, su padre, Francisco Henríquez y Carvajal viajó a los Estados Unidos, integrando la misión enviada por el gobierno dominicano para buscar un arreglo al problema de la deuda pública externa, la cual permaneció en este país durante mayo y junio y realizó gestiones que se revelaron como infructuosas.

En abril de 1916 una revolución derrocó al Presidente de la República Dominicana, y el Congreso eligió a Francisco Henríquez y Carvajal, que residía en Cuba y aceptó el nombramiento dada la gravedad de la situación.

Las exigencias de los Estados Unidos eran abusivas y no declinaban. Se negaban a renegociar el Convenio de 1907, que impedía al Gobierno dominicano disponer libremente de las rentas aduaneras. Además, consideraban la falta de pago de la Administración pública —a lo cual se veía obligado el gobierno por falta de dinero—, como otra deuda pública que violaba disposiciones del mencionado Convenio. Para Santo Domingo se trataba, en todo caso, de una simple deuda administrativa.

Por último, el gobierno norteamericano insistía en que se le permitieran adoptar medidas de policía y seguridad que equivalían a la anulación de la soberanía nacional.

Esta operación integraba una política de mayor alcance destinada a ejercer la tutela y facilitar el aprovechamiento de los países de la América hispánica, que tenía precedentes históricos y que conocería desarrollos ulteriores de envergadura aún mayor. Debe agregarse que había estallado la Guerra Mundial (1914-1919) y aunque los Estados Unidos todavía no habían entrado en la contienda, se prevenían de sus peligros y vigilaban la posible expansión alemana en Hispanoamérica.

El presidente Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William Jennings Bryan, en sus relaciones con la América hispánica, mezclaban los sueños de un evangelismo democrático universal, la ignorancia y el desdén por la soberanía de países cuya incapacidad para autogobernarse los colocaba fuera del Derecho Internacional, según su criterio.

Como ha escrito Arthur Link, Wilson creía que estos pueblos sólo alcanzarían la madurez democrática a través de generaciones de experiencia y tutelaje:

> No creía que los pueblos de la América Latina septentrional hubiesen avanzado más allá de un estadio de infancia política; y suponía que era su responsabilidad y constituía su privilegio enseñar a estos vecinos sin ilustración cómo escribir buenas constituciones y elegir jefes prudentes, aun cuando el empeño pudiera implicar la negación parcial o total de la soberanía de los receptores de semejante ayuda.[4]

[3] *Cfr. Jorge Tena Reyes, «Vocación periodística de Pedro Henríquez Ureña»* Isla Abierta *(Santo Domingo), 150 (30 jun. 1984), 42-43; Iván A. Schulman, «Desde Washington y con la mira puesta en una teoría sociocultural americana»,* Aula *(Santo Domingo), 24 (ene.-mar. 1978), 63-68.*

[4] *Arthur S. Link,* La política de los Estados Unidos en América Latina. *Trad. cat. (México, Fondo de Cultura Económica, 1960), 222-223.*

En vano el gobierno dominicano había intentado un acuerdo realista y honorable que salvaguardase la independencia del país del Caribe. Los Estados Unidos decidieron asegurar los intereses que consideraban vulnerados y ejecutaron una operación como las que, lamentablemente, han caracterizado muchos capítulos de su política exterior El capitán Knapp, de las fuerzas navales en Santo Domingo, lanzó una proclama el 29 de noviembre de 1916 y puso a este país bajo el «estado de ocupación militar», con el desembarco de las tropas, invasión del territorio y supresión del gobierno nacional.

Al ser avasallado, el presidente Henríquez y Carvajal dejó el país el 8 de diciembre y se trasladó a Cuba para organizar la campaña destinada a resistir al invasor extranjero y reconquistar la independencia dominicana.

Mientras tanto, Pedro, desde los Estados Unidos, seguía estos acontecimientos y el exilio de su padre con la preocupación solidaria que correspondía a sus sentimientos patrióticos y filiales. No era político pero comprendía las obligaciones que comportaba esta circunstancia dramática y así lo escribía a su amigo, el escritor mexicano Alfonso Reyes, en carta dirigida a Madrid, el 10 de enero de 1917, con una condena rotunda del proceder norteamericano:

> Mi padre tuvo que abandonar el país, notificando al Congreso, pues la ocupación americana le ató las manos. Se publicará un folleto con los hechos y las notas. Esta gente, este gobierno yanqui, es una infamia. Te podría contar y no acabar. Prefiero no hacerlo... Yo creí que papá había podido renunciar y abandonar las molestias: veo que no ha renunciado, y que quizás aún vuelva. Pero puede ser que durante su ausencia se celebren elecciones y así acabe su responsabilidad.[5]

Esta actitud norteamericana avivó su animadversión contra los Aliados en la Guerra Mundial y la germanofilia a la cual lo había inclinado su admiración por la cultura alemana. Sin embargo, era derrotista en materia bélica pero pensaba que el triunfo de Gran Bretaña y sus aliados no era bueno para los países hispanoamericanos.

En esta materia había otro motivo de perplejidad: cualquiera que ganase la guerra pertenecería al mundo llamado «sajón», que le resultaba tan poco atractivo como el «latino». Así se lo decia a Reyes en carta de 21 de septiembre de 1917:

> Sigo pensando en la guerra y sus partidos. No acabo de decidirme respecto de qué cosa sea más conveniente como resultado final. Triunfe quien triunfe, el triunfo será de la «raza sajona». La guerra es, hoy, Inglaterra y los Estados Unidos contra Alemania. Al comenzar la guerra, creía yo en las bondades de lo «sajón» —su moral, su filosofía, su estética—. Hoy no creo: tampoco creo en lo «latino»: no me importa, pues, que triunfe este o aquel principio «racial». Para decidir mi actitud, debería refugiarme en lo que le convenga a la América Latina. En apariencia, nos conviene el triunfo de Alemania. Pero, ¿y si sólo nos conviniera de un modo *pasivo,* porque Alemania no nos hará nada malo? Eso es lo más probable. Lo único que le conviene a la América española es algo que modere a los Estados Unidos; y eso no se ve de dónde puede surgir, como no sea de las egoístas naciones del ABC.[6]

Henríquez Ureña quería superar los falsos dilemas, basados en una concepción vul-

[5] *Pedro Henríquez Ureña-Alfonso Reyes,* Epistolario íntimo. Tomo II. 1916-1944. Prólogo de Juan Jacobo de Lara *(Santo Domingo: Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1981), 42. Cfr. Max Henríquez Ureña,* Los yanquis en Santo Domingo *(Madrid: Aguilar, S. A.).*

[6] Epistolario íntimo, *55-56.*

gar de la cultura («razas sajonas y latinas»), para plantear el debate por la guerra en el nivel de las conveniencias reales de los países hispanoamericanos.

Cuando se produjo la ocupación norteamericana de Santo Domingo y el exilio de Henríquez y Carvajal, Pedro acababa de ingresar a la Universidad de Minnesota y su situación fue muy incómoda, por lo cual necesitó toda la firmeza de su carácter para sobrellevarla con dignidad. Guardó el respeto debido a la institución universitaria pero dejó en claro y a salvo sus derechos de hijo y patriota.

La ocasión para poner las cosas en su punto, la ofreció un diario, *The Minneapolis Journal,* que publicó una nota el 26 de septiembre de 1916 diciendo que el padre de un profesor de la Universidad había sido elegido Presidente provisional de Santo Domingo, pero que su hijo, una especie de «príncipe heredero» de la pequeña República Dominicana, prefería «reinar» sobre la clase de sus alumnos y, por lo tanto, se quedaría a enseñar en la Universidad, para lo cual ya había dado su palabra de compromiso, que mantendría.

En la entrevista incluida en la nota, afirmaba Henríquez Ureña que, aunque al principio Norteamérica no le había gustado, luego había preferido sus maneras abruptas y la franqueza de su pueblo a la elaborada cortesía de su propio país.

Esta nota dejaba a Henríquez Ureña en una posición ambigua y pronto tuvo una réplica en el mismo diario, el 1 de octubre, cuando aquél declaró que «no era un renagado» y agregaba:

> Admiro a los Estados Unidos y a su gente. Ustedes son un pueblo grande y feliz; los de Santo Domingo somos chicos y pobres, pero mi lealtad está enteramente con mi patria. He sido acusado de preferir este país. No es así.[7]

En el mismo diario y el 3 de octubre publicó una carta que días antes había escrito Henríquez Ureña como respuesta a la entrevista mencionada. Sus términos eran claros y valientes en la definición de su personalidad:

> Es de ti, mi país...
>
> Al Editor de «The Journal».
>
> Me veo obligado a corregir la afirmación de que podría preferir cualquier país a mi propio Santo Domingo. Creo que soy lo suficientemente cosmopolita para que me gusten todos los países, como de hecho lo hago, pero el mío, pobre e infeliz como es, es el mío, «acertado o equivocado», como ustedes dirían. No me gusta entrar en la comparación de diferentes países; lo que me gusta en cada uno de ellos es su carácter individual. Para que a uno le gusten los Estados Unidos no es necesario hacer comparaciones. En cuanto a mi trabajo en la universidad, no podía dejar de venir después de haber aceptado mi nombramiento y, naturalmente, estoy muy feliz de estar aquí.[8]

Cuando se produjo la invasión norteamericana a Santo Domigno, su situación ya se hallaba, pues, aclarada por completo. También participó intensamente en la campaña en defensa de los derechos dominicanos. Además de artículos, notas y conferencias, tales como «La República Dominicana» (1916), publicada en *Cuba Contemporánea* y mu-

[7] *Roggiano,* Ob. cit., *LXVIII. La traducción es nuestra.*

[8] ibid., *LXX. La traducción es nuestra. El título de la nota reproduce el primer verso de un tradicional himno patriótico norteamericano: «My country, Tis of Thee».*

chos otros, ayudó a su padre y a los diplomáticos de Santo Domingo en las gestiones que hicieron en Estados Unidos en favor de su patria. Entre el 21 de diciembre de 1916 y el 3 de enero de 1917 se trasladó a Nueva York para colaborar con Henríquez y Carvajal en la preparación de la documentación que a ese efecto se requería. Como ha dicho Alfredo Roggiano:

> Es evidente que Pedro Henríquez Ureña estuvo preparando, con la minuciosa erudición y el escrúpulo documental con que él sabía hacerlo, con debida anticipación, sus alegatos destinados a demostrar que la intervención norteamericana en Santo Domingo era ilegal y violaba acuerdos internacionales suscriptos por los países de nuestro continente.[9]

Artículos como «El despojo de los pueblos débiles» (1916), publicado en la *Revista Universal,* de México o «México and Pan-Americanism. The Dominican Republic. Another test of Mr. Wilson's Sincerity» (1916), en *The Minneapolis Journal,* muestran la solidaridad de Henríquez Ureña con el drama de su patria. Su formación intelectual, sus sentimientos y en fin, la tradición familiar y nacional que asumía, le permitieron atravesar esta etapa universitaria sin que la dedicación a su labor profesional amenguara en lo más mínimo su patriotismo. Un ejemplo de conducta moral, desde luego, pero también un modelo de humanismo americano que difícilmente podría entenderse fuera de nuestro contexto histórico, cultural y social.

IV

En junio de 1921 Pedro Henríquez Ureña dejó los Estados Unidos y se trasladó a México, invitado por su amigo José Vasconcelos, empeñado entonces en una verdadera cruzada educativa como Secretario de Educación del Presidente Alvaro Obregón.

Al partir, cerraba una etapa decisiva de su vida. Había recibido una formación profesional rigurosa pero más le había enseñado la frecuentación de las instituciones y la vida cultural y universitaria de los Estados Unidos, donde había encontrado el marco más adecuado a su vocación de profesor e investigador: bibliotecas organizadas, cómodas y bien abastecidas, clases regulares, estudiantes y catedráticos dedicados al estudio, estabilidad, seguridad y respeto al trabajo y a la persona como normas de la vida académica.

Allí se había documentado para los numerosos trabajos que publicó por esos años y los dos viajes que hizo a España, en 1917 y 1919-1920, para perfeccionar su preparación y editar su tesis doctoral, hubieran sido muy difíciles de realizar fuera de la Universidad de Minnesota. En primer lugar, por su precaria situación económica y luego porque sólo su trabajo universitario le permitió dedicarse por entero a la tarea intelectual. Su posición en Minnesota y los dos grados académicos —el de Master y el de Doctor— que en ella obtuvo facilitaron, sin duda, su inserción en el medio español en un rango destacado.

Por todo ello su jucio sobre los Estados Unidos tiene la autoridad que le confiere el haber vivido y trabajado allí, además de que, siendo un pensador y un escritor hispa-

[9] Ibid., *LXXV.*

noamericano con una personalidad consciente de sus valores originales, no opinaba con la ligereza del turista ni con el resentimiento del marginado. En su visión de este país podemos apreciar, en suma, el equilibrio y la objetividd que lo distinguieron a través de toda su vida.

Según Henríquez Ureña, los Estados Unidos ofrecían el ejemplo histórico único de un país fundado sobre la utopía democrática, la cual, en cierto modo, había realizado. Esto explicaba sus ideales superiores: la conquista de la felicidad para la mayoría, como un bien moral que debía manifestarse en una elevación de la vida social.

Este ideal ético estaba basado, a su vez, en la religión puritana y en el orgullo racial, heredado de los ingleses, los cuales encuadraban su concepción peculiar de la democracia, considerada como el principal valor social, ya que el trabajo y el progreso económico sólo eran lícitos en el marco que brinda a todos la justicia de las posibilidades igualatorias.

Estos valores positivos permitían, sin embargo, deformaciones gravísimas, que Henríquez Ureña denunciaba:

> En aquel organismo social hay dos males contradictorios que en el actual período de agitación se han recrudecido: de una parte, el orgullo anglosajón, suerte de pedestal aislador en el que se asientan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta; de otra parte, el espíritu aventurero, origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionalismo invasor y vulgarizador.[10]

Los Estados Unidos estaban a la cabeza del mundo contemporáneo en lo que se refería al progreso material, con adelantos portentosos en la organización racional de la ciencia, la economía, la técnica, la sociedad y la política. El desarrollo individual armonizaba con el poder y la técnica sobre la base de servir al hombre en el pleno goce de la libertad, sin otra consideración que la igualdad de su condición humana.

Lo mismo que Martí, Henríquez Ureña valorizó el concepto de democracia vigente en Norteamérica, cuya importancia adquiría toda su dimensión cuando se consideraba el tema decisivo de la educación.

La civilización norteamericana descansaba sobre el poder del pueblo, que se capacitaba gracias a una educación que la democracia había puesto al alcance de todos, como si la inteligencia y el talento bajaran de las alturas de una élite para situarse en el nivel popular.

Esa educación popular fijaba los ideales de la cultura de los Estados Unidos, cuyo centro era la felicidad del hombre en sociedad. Pero se les planteba el problema de toda ética: ¿Dónde estaba ese bien moral? Para Henríquez Ureña, los valores que debían prevalecer en el hombre individual y en la sociedad eran los del espíritu; de ningún modo los instrumentales o técnicos, referidos al progreso material, a la perfección de las máquinas, al aumento del poder por medio del comercio y el dinero, al culto de la fuerza y el número, en resumen, a lo que sólo era eminentemente práctico y útil.

Como a Rodó, a Henríquez Ureña le preocupaba que el espíritu imitativo de los his-

[10] *Pedro Henríquez Ureña,* Ariel, *en* Obra crítica, *(México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960), 27.*

panoamericanos no advirtiera los peligros que para el desarrollo de nuestra personalidad original, encerraba la adopción indiscriminada de las formas de la civilización norteamericana.

Así, por ejemplo, ocurría con el sistema educativo. El de los Estados Unidos se basaba en dos factores que él consideraba negativos para Hispanoamérica: el especialismo y el contralor excesivo de la educación por los grupos sociales ajenos al sistema.

Frente a la educación cimentada en el pragmatismo de William James y en el utilitarismo de John Dewey, reclamaba para nuestros países el respeto de su tradición latina, con su orden general de la razón y el cuidado por una formación integral del hombre, como algo superior a la mera preparación del especialista.

En cuanto al peligro que representaban, sobre todo en las universidades, los grupos sociales que pretendían regir la enseñanza con criterios ajenos a lo educativo, defendía la libertad y la autonomía de la cátedra.

Advertía contra la presencia de una compulsión social que amenazaba la libertad del individuo, con el peso de su centralización y organización. Como si en la sociedad, la eficiencia requerida por la técnica y el progreso tuviera que ser pagada con la moneda de la libertad.

La contrapartida de esa presión social era la rebeldía, que surgía como respuesta de los mejores norteamericanos, en defensa de la personalidad que se resistía a su avasallamiento. En uno de sus mejores ensayos, «Veinte años de literatura en los Estados Unidos», escribirá:

> En los Estados Unidos del siglo XX el pensador y el artista, si son genuinos, son rebeldes: instinto y razón les avisan que la aquiescencia los hundiría en la mediocridad. La preocupación económica no hace sólo el daño; es el conjunto de estrecheces heredadas y adquiridas, la religión sin luz del puritano, la asfixiante moral de inhibiciones y prohibiciones, los temores y prejuicios de raza, la interpretación reverencialmente confusa de la democracia, el noble instinto del trabajo preso en el círculo vicioso de la prosperidad, la pobreza íntima de la vida de frontera, aturdida entre el frenesí de diversiones donde sólo el cuerpo es activo, la máquina y la empresa que propagan la uniformidad para la materia y para el espíritu.[11]

El contraste que se daba en Estados Unidos entre el desarrollo de su civilización material y la pobreza de los valores culturales, a veces impedía el disfrute de los beneficios logrados por la mayoría de los ciudadanos. Los grupos poderosos por su dinero y la sumisión conformista a los prejuicios sociales, trataban de imponer un nivel de mediocricidad. Pero los insurgentes y rebeldes permitían ser optimistas en cuanto a las posibilidades de la libertad en el seno de una sociedad en la cual este valor, a pesar de que lo exaltaba, no siempre estaba protegido y asegurado. Por eso escribía:

> Al ejército de rebeldes deberán su salvación moral e intelectual los Estados Unidos si no lo vence el poderoso ejército de los filisteos, que guarda en sus cajas de hierro todo el oro del mundo. La lucha está indecisa. [12]

El conflicto entre la libertad y la igualdad también se daba en la política exterior de los Estados Unidos y, más concretamente, en sus relaciones con la América hispáni-

[11] *Pedro Henríquez Ureña,* Veinte años de literatura en los Estados Unidos. *en* Ibid., *314.*
[12] Ibid., *315.*

ca. Como se vio en el caso de la República Dominicana, que tanto lo había comprometido durante el tiempo de su residencia en Norteamérica. El país que había hecho su bandera del respeto a la ley y el derecho de las naciones, se comportaba de manera agresiva y avasalladora con los países hispanoamericanos. Como lo señalaba claramente Henríquez Ureña:

> La moral «yankee» suele ser tan elástica cuando se aplica fuera de los Estados Unidos. [13]

Las pretensiones imperialistas de los Estados Unidos obedecían, según él, a los grupos plutocráticos, muy poderosos en un país donde los negocios y el enriquecimiento eran importantes objetivos sociales. Codicia que atentaba contra la libertad de los propios norteamericanos:

> ...el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo. [14]

Más que un fenómeno de poder político, el intervencionismo norteamericano era una consecuencia de la avidez por el mercado comercial de los países hispanoamericanos, después del estallido de la Primera Guerra Mundial. Cerrada Europa, se abrían las perspectivas de una expansión comercial, sobre la base de la complementación económica entre ambas Américas.

Pero los Estados Unidos, pensaba Henríquez Ureña, no estaban preparados para comprender a los pueblos hispánicos y eran incapaces de «romper el hielo» que los separaba, política y comercialmente, de ellos. Los norteamericanos tenían una visión superficial de estas relaciones e ignoraban que

> También las simpatías populares, la atracción moral e intelectual entre las naciones, los «intereses ideales» que preocupan a economistas contemporáneos, influyen en la vida comercial. Y mientras subsista el recelo de la América del Sur hacia los Estados Unidos, impedirá el éxito franco de las relaciones comerciales. [15]

La política norteamericana en la América hispánica no se agotaba en este objetivo económico y a medida que las circunstancias lo exigieron, se pasó a una diplomacia intrusiva en los asuntos internos de estos países, hasta culminar en la agresión y el intervencionismo más desembozados.

Los Estados Unidos eran un factor poderoso de perturbación de la política americana, por más que las intenciones declaradas fueran las de asegurar la paz y la democracia universal. Sobre todo a partir de la Presidencia de W. Wilson, que había asumido una función misionera de estas ideas en el plano internacional.

En cuanto a la preservación de la paz, Henríquez Ureña sostenía lo siguiente:

> En los períodos «convulsivos» más o menos largos, de nuestros pueblos, la paz es un problema

[13] *Pedro Henríquez Ureña,* Sin brújula, *en Roggiano,* ob. cit., 7.

[14] *Pedro Henríquez Ureña,* Patria de la justicia, *en* Plenitud de América. Ensayos escogidos; Selección y nota preliminar de Javier Fernández, *(Buenos Aires: Peña, Del Giudice Editores, 1952), 24.*

[15] *Pedro Henríquez Ureña,* Sin brújula, *en* Ibid., *6.*

infinitamente más complejo que la guerra. Todo estorba para la una; todo excita para la otra. Y toda influencia extranjera tiende a convertirse en elemento de perturbación, no de tranquilidad.

La influencia pacificadora, para alcanzar eficacia siquiera mediana, exige dos cosas: conocimiento de las situaciones; lealtad y honradez de procederes. Los gobiernos de Estados Unidos, cualquiera sea su grado de honradez (y todos la reconocen en el presidente Wilson), ignoran nuestros modos de ser y la esencia de nuestros problemas. En cambio, sus representantes y agentes, cuando conocen, si no la esencia, el mecanismo de nuestra política, suelen acomodarse a nuestros peores hábitos y asociarse a nuestros hombres menos escrupulosos. Ciertamente resulta difícil encontrar hombres de altas dotes dispuestos a representar a los Estados Unidos en nuestros países, cuya vida pública goza de triste fama. Pero mientras no se encuentren, fracasará todo intento de influjo benéfico.[16]

El intervencionismo norteamericano, a pesar de algunos resultados transitorios y mezquinos, había fracasado; pero no cesaba porque los gobiernos del Norte estaban aconsejados por intereses que sólo atendían al beneficio inmediato de sus negocios, y también porque cierta prensa norteamericana excitaba la vanidad nacional y azuzaba a que se cometieran los abusos de un supuesto tutelaje democrático. Esto es lo que dijo cuando, en 1914, se produjo la repudiable invasión norteamericana al puerto de Veracruz:

Sólo la vanidad nacional, después de los recientes fracasos, más o menos bien intencionados, puede seguir atribuyendo a los Estados Unidos el papel de árbitro moral de los destinos de México.[17]

En otras oportunidades se refirió a las mayores fallas de la «Doctrina Monroe», que como se sabe ha sido uno de los instrumentos principales de la justificación del patronato que los Estados Unidos han pretendido ejercer sobre la América hispánica:

...la tesis defensiva de Monroe ha recibido tantas adiciones, modificaciones e interpretaciones, que ya no se sabe cuáles son sus límites precisos, y se explica el recelo con que la miran los pueblos a quienes «protege». En los últimos treinta años, cada administración norteamericana ha sustentado una interpretación distinta, ha tenido «su» doctrina Monroe.[18]

Pero los pueblos hispanoamericanos, afirmaba, estaban «cansados de la influencia yankee», de su diplomacia tortuosa e hipócrita y el verdadero panamericanismo vendría cuando hubiera signos claros y definidos de que

... el gobierno de los Estados Unidos comienza a creer que debe dejarse a las naciones latinoamericanas resolver por sí solas sus problemas interiores y aún exteriores...[19]

Otro ejemplo de su actitud en el caso de Santo Domingo, lo tenemos en la carta que le dirigió al senador republicano Henry Cabot Lodge, el 30 de septiembre de 1919, para reclamar la intervención del Senado en la política que el Presidente llevaba a cabo sin la aprobación de este cuerpo legislativo. Acompañaba la carta con un *Memorandum sobre Santo Domingo,* en el cual recordaba su condición de país independiente, orgulloso de su personalidad hispánica:

[16] *Pedro Henríquez Ureña,* Vanidad nacional, *en* Ibid., *26-27.*

[17] Ibid., *27.*

[18] *Pedro Henríquez Ureña,* Abstención al fin, *en Ibid., 8.*

[19] *Pedro Henríquez Ureña,* En torno a la doctrina Taft contra Wilson, *en* Ibid., *11.*

Siempre se ha sentido allí la necesidad, especialmente por las clases educativas, de mantener en el país la esperanza de desarrollar una vida civilizada propia, por la conservación de su identidad hispanoamericana, contra la cultura impuesta por cualquier país extranjero.[20]

Henríquez Ureña pensaba que todo país independiente tenía derecho a su soberanía y que los poderosos no debían abusar de su fuerza con los más débiles, aunque invocaran los pretextos de la civilización y la democracia.

Así lo sostuvo, por ejemplo, en la conferencia que ofreció en el «Club de relaciones internacionales», de la Universidad de Minnesota, el 6 de abril de 1921, cuando defendió la causa nacionalista contra la acción norteamericana sobre Hispanoamérica:

Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra ¿Estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civilización? [...] ¿Pero están civilizados todos los Estados de la Unión? Si se pretende civilizar Haití, ¿por qué no civilizar el Estado de Georgia? y ¿quién decide cuál país es civilizado y cual no? Sólo la fuerza lo decide, hasta ahora: y si la fuerza hubiera de decidirlo, no tendríamos por qué quejarnos de Alemania: su teoría era esa: como la nación más civilizada, debía civilizar al resto del mundo. No hay, pues, derecho a querer civilizar a otras naciones. [21]

Ni siquiera desde el punto de vista económico era conveniente para Santo Domingo ser colonia norteamericana, pero las razones más importantes y de fondo eran las del patriotismo, irrefutables mientras se quisiera ser libre y soberano:

Y luego una colonia es, como dije antes, una cosa sin alma propia: sus modelos los reciben de la metrópoli. Los que no hayan vivido en un pequeño país independiente no conocen el sentimiento que existe en ellos de estar elaborando su propia vida, creando su propio tipo y modo de ser, creando constantemente. Cada nación pequeña tiene alma propia. [22]

Esta afirmación nacionalista no estaba reñida con su espíritu universalista ni con su apertura a la comprensión de países, gentes, culturas y valores. Como lo expresó en la mencionada conferencia:

El ideal de civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la conservación de todas las diferencias dentro de una armonía. [23]

En este balance crítico de los Estados Unidos hay que subrayar su aprecio por el ideal de cultura social y por el programa de beneficios educativos y materiales dentro de la libertad y la democracia, en un marco de justicia y prosperidad estable. Lo mismo debe decirse de su reconocimiento de las virtudes y ventajas de la vida cultural y universitaria.

Junto a esta apreciación hay que señalar, también, la crítica de los excesos de su moral utilitaria y del afán desmedido por el poder y el dinero que ahogaban los impulsos más altruístas y generosos, al par que obligaban a los mejores a refugiarse en la rebeldía y la protesta. Rasgos negativos que ilustraba con testimonios de los propios norteamericanos, lo cual excluía cualquier posible tacha de resentimiento.

Su labor universitaria en los Estados Unidos fue muy apreciada y elogiada y él retri-

[20] *Pedro Henríquez Ureña,* Memorandum sobre Santo Domingo, *en* Ibid., *204.*

[21] *Pedro Henríquez Ureña,* Puntos de la conferencia dada, en inglés, ante el Club de Relaciones Internacionales de la Universidad de Minnesota, *en* Ibid., *202, 203.*

[22] [23] Ibid., *203.*

buyó esa estima con una conducta que muestra su respeto por este país, pero la actitud de los Estados Unidos frente a ciertos valores de su estirpe, su cultura y su patria, dejó una huella dolorosa en el alma de Pedro Henríquez Ureña. Es comprensible que así fuera y la insensibilidad al respecto hubiera sido signo de una poquedad de ánimo inconcebible en un hombre de su temple moral.

Parco en la manifestación escrita de sus sentimientos, los testimonios comentados nos muestran las razones más hondas de su voluntad de regresar a la América hispánica. Como ha escrito Roggiano:

> Se fue de Minnesota porque su corazón estaba en el ámbito de su lengua y de su raza. [24]

Pero antes de partir vaciló e incluso buscó un puesto en universidades situadas en climas más benignos que los del Norte, cuyo frío excesivo no le agradaba ni le sentaba bien. Fracasados los intentos hechos en Filadelfia, New Haven, Baltimore y Chicago tampoco se decidió a ir a Nueva York para trabajar en una revista, como en algún momento se le ofreció. Aceptó, pues la invitación para volver a México hecha por Vasconcelos, en un estado de ánimo que refleja muy bien la carta que dirigió a Reyes el 19 de junio de 1921, mientras viajaban en tren rumbo a la frontera:

> Ya imaginarás, también, a qué paroxismo había llegado mi deseo de no vivir en los Estados Unidos. Creo que toleraría Nueva York, y, por extensión, ciudades cercanas como Filadelfia, Boston, New Haven, Baltimore. Pero el Oeste, aún Chicago, es demasiado para mí, por el clima y por la gente. Como sabes, no pasa día que yo no piense en el problema de por qué los pueblos son como son. [25]

Varios factores obraron, por lo tanto, para decidirlo a dejar los Estados Unidos y sin duda se puede contar entre ellos la decepción causada por los fracasos reiterados de las gestiones hecha a favor de la causa nacionalista dominicana, en la cual estuvo comprometido. No porque hubiera pensado que su gestión individual habría de lograr un cambio en asunto de tanta importancia, sino por el significado del mismo para juzgar de la actitud de los Estados Unidos. Hay un texto suyo de 1923 que resume muy bien su reproche; allí dice que los Estados Unidos.

> ... tienen muy poco de suyo que enseñar: ¿serán doctrina útil las vaguedades y contradicciones de Woodrow Wilson, las vulgares aberraciones de Roosevelt? Ni siquiera —aunque valen mucho más— la filosofía de William James, caducada a los pocos años de nacer, ni la pedagogía de John Dewey, admirable sin duda, pero cuyas novedades las pensaban o ensayaban desde tiempo atrás nuestros pobres maestros ignorados, ni menos el demoledor escepticismo de Henry Adams, el Hamlet de la Nueva Inglaterra en crepúsculo. Sólo concordamos con los rebeldes de las nuevas generaciones, cuya prédica se encontraba ya en síntesis en el *Ariel* de Rodó; pero esos rebeldes sólo aspiran por ahora a destruir, a libertar a su patria de la opresión espiritual que produce la organización de la vida según la norma utilitaria; nada edifican todavía y nosotros tenemos que edificar. [26]

[24] Ibid., *LXXXI.*

[25] Epistolario íntimo, *ya cit., 196.*

[26] *Pedro Henríquez Ureña,* Orientaciones, *en* Obras Completas (1921-1925); Selección y prólogo de Juan Jacobo de Lara; Tomo V, *(Santo Domingo: Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1978), 63.*

VI

Su tercer y último viaje a los Estados Unidos lo hizo entre 1940 y 1941, cuando el Profesor J.D.M. Ford —el mismo que había gestionado su ingreso en la Universidad de Minnesota en 1916— lo propuso como profesor al comité organizador de las actividades de la Cátedra de Poética «Charles Eliot Norton», de la Universidad de Harvard.

Esta cátedra tenía gran prestigio académico y científico y había sido ocupada por personalidades como Albert Einstein, Igor Stravinsky, Gilbert Murray, T.S. Eliot, entre otros. Hasta ese momento no había estado ningún hispanoamericano, pues Ricardo Rojas, que fue invitado en una oportunidad, no pudo ir, de manera que Henríquez Ureña era el primero que se desempeñaba en lugar tan ilustre. Aceptó, pues, la invitación, viajó a Estados Unidos en octubre de 1940 y permaneció allí hasta abril de 1941.

Henríquez Ureña llevaba a Harvard una serie de conferencias sobre las corrientes literarias, ideológicas y artísticas de la América hispánica, con un desarrollo cronológico e histórico que abarcaba desde la colonia hasta la época contemporánea. Pensaba que todo el esfuezo intelectual hispanoamericano apuntaba al ideal de lograr una expresión propia y valiosa. Nuestra historia cultural y literaria era, pues, la búsqueda de la personalidad original y así denominó a su curso de Harvard: «En busca de la expresión: la creación literaria artística en Hispanoamérica». Todo el curso fue dictado en inglés.

Además de sus clases, ofreció conferencia en Boston y otras ciudades; unas en castellano y otras en inglés: «El sentido de la cultura española», «The Flowering of the Colonial World», etc. El 27 de diciembre habló en el banquete anual de la Modern Language Association of America, de la cual fue nombrado miembro de honor y ya en 1941, en la Sociedad Panamericana de Boston, sobre «Good Neighbor policy of the Americas». También disertó en la Universidad de Columbia, en el Wellesley College, en el Smith College y en muchos otros centros universitarios y culturales.

En Harvard hizo amistad con estudiantes y colegas, un alumno suyo de entonces, el cubano José Rodríguez Feo, ha escrito interesantes recuerdos de Don Pedro, en el apogeo de su prestigio de profesor y humanista. [27] Su residencia en los Estados Unidos, en resumen fue muy grata. Trabajó intensamente pero todo lo compensaba el ambiente grato, los agasajos y hasta la oportunidad de volver a oir excelentes conciertos de música clásica, tan gratos al melómano apasionado que siempre fue.

Concluida su estancia en Norteamérica, se embarcó en Nueva York el 25 de abril de 1941 rumbo a la Argentina, con escalas en Cuba, Lima y Valparaíso. Llenaba sus notas, el material de sus conferencias y un compromiso de publicar en la Harvard University Press la que sería su obra más importante: *Literary Currents in Hispanic America,* que aparecerá en 1945.

Después de este tercer viaje, sus impresiones de los Estados Unidos reflejaban un cambio notable pero en este país también había diferencias muy grandes con respecto de la década de 1920; todo lo cual se reflejaba en sus nuevos puntos de vista.

[27] *Cfr. Pedro Henríquez Ureña,* Selección de ensayos; Selección y prólogo José Rodríguez Feo, *(La Habana. Casa de las Américas, 1965).* .

Recordemos, en primer lugar, que se estaba desarrollando la Guerra Mundial (1939-1945) y aunque los Estados Unidos aún no habían entrado en la contienda —lo que harían en 1941, después de Pearl Harbour—, participaban intensamente en la ayuda a Inglaterra y Francia y habían volcado a su favor un imponente esfuerzo de propaganda ideológica que desplazó el tema del anti-imperialismo con una polarización antitotalitaria.

En segundo lugar, desde comienzos de la década de 1930, el Presidente Franklin D. Roosevelt había iniciado la llamada política de «buena vecindad», que tendía a estrechar las relaciones con los países iberoamericanos, para superar las etapas negativas de la época del intervencionismo más desembozado. Por esta razón se habían atemperado los rasgos más agresivos de la política norteamericana en la América hispánica y la opinión de los intelectuales liberales y democráticos, como Henríquez Ureña, habían moderado también sus hostilidades hacia Estados Unidos en mérito, sobre todo, a la unidad de la lucha que todos libraban contra un enemigo común.

Por otra parte, en los Estados Unidos se advertía una tendencia más liberal, favorable a los derechos civiles y a la asistencia social, todo lo cual daba a la política de Roosevelt una fisonomía que resultaba más aceptable a gran parte de la inteligencia hispanoamericana.

Estas circunstancias se advierten en las opiniones de Henríquez Ureña a su regreso de los Estados Unidos en 1941. En primer lugar, constataba el mejoramiento general del nivel científico y humanístico de las universidades norteamericanas, especialmente, de los estudios hispánicos; además del interés creciente por los temas relativos a la América hispánica que se notaba en los mismos ambientes.

En segundo término, apuntaba el nuevo espíritu de comprensión frente a determinados aspectos de las relaciones con Hispanoamérica que sin duda era auspicioso de desarrollos ulteriores. Estas opiniones no llegaron a concretarse en juicios más amplios y explícitos pues Henríquez Ureña murió en 1946, pero lo dicho interesa como complemento de las apreciaciones que expusimos en páginas anteriores.

En resumen, la actitud de Pedro Henríquez Ureña frente a los Estados Unidos, fue coherente con su espíritu americanista y con su fidelidad a los valores culturales y políticos inherentes a su condición de dominicano e hispanoamericano. Reconoció siempre los ideales sociales y culturales de los Estados Unidos y su formidable capacidad de trabajo aplicada al desarrollo de un poder material. Valorizó, asimismo, la vigencia del ideal democrático, en el cual su pueblo veía aseguradas la justicia y la libertad.

Del mismo modo, elogió las grandes realizaciones norteamericanas en el plano literario y cultural, dentro de un espíritu que, a pesar de su ejemplaridad, no debía ser imitado en la América hispánica, si ésta quería conservar su personalidad original.

Partidario del universalimo cultural tuvo siempre un gusto especial por las letras anglosajonas y por las formas de su estilo intelectual, en cuanto significaban realismo, moderación, contención y racionalidad. Las frecuentó asiduamente y las enseñó con gran conocimiento y sensibilidad pues pensaba que su familiaridad era indispensable para una comprensión cabal del espíritu de la cultura occidental. En el caso de la literatura nor-

teamericana, sus mejores escritos eran el más fiel reflejo de la vigorosa personalidad de su país.

Esta valoración de los Estados Unidos se completaba con las críticas que siempre hizo a su política intervencionista en la América hispánica. Defendió con insobornable fidelidad y firmes convicciones, el derecho de los pueblos hispanoamericanos al goce de su plena soberanía política, sin tutelas ni injerencias abusivas, sea cuales fueren los pretextos ideológicos. Pero creyó que era posible un entendimiento entre ambas Américas y trabajó seriamente por ese respeto honesto y franco entre nuestros países, convencido de que era el único camino para la concordia y la paz.

Enrique Zuleta Alvarez